

El reportero veloz



Egon Erwin Kisch (1885-1948), “el reportero veloz” proscrito por el gobierno nazi, olvidado en la Alemania de postguerra, es probablemente el personaje más destacado y brillante del periodismo alemán de este siglo. El hombre que provocó la burla del escritor Wolfgang Koeppen (“¿A dónde va tan rápido?”, decía) era un antifascista de primer orden, viajero y luchador entre los mundos.

Cuando Kisch escribió sobre el novelista francés Victor Hugo y su lucha en el exilio en contra del pequeño emperador Napoleón III, seguramente no se imaginó que podría correr la misma suerte. Su nombre se encontraba en la lista negra de los nazis. Lo arrestaron el veintiocho de febrero de mil novecientos treinta y tres, un día después de la pantomima del incendio en el Parlamento alemán y un día antes de las ficticias elecciones mediante las que Hitler se apoderó definitivamente del poder. Kisch fue encarcelado poco después, pero a causa de la intervención del gobierno checo fue extraditado a Praga, su ciudad natal, la que más tarde fue el escenario para “Las historias de los siete ghettos”. Praga fue también importante para sus anteriores trabajos como reportero local del periódico de habla alemana *Bohemia*. En él cubrió casos criminales y elaboró estudios sobre el medio ambiente.

A través del servicio militar, en la Primera Guerra Mundial (bajo el mando del jefe de prensa Robert Musil) Kisch se convierte en antimilitarista y socialista. Al término de la contienda participa en los consejos ilegales de soldados. Era líder de la Guardia roja en Viena y fue expulsado del país a causa de varias actividades políticas.

Los volúmenes de sus reportajes *El reportero veloz* (1940, que le da su apodo para siempre), *Caza a través del tiempo* (1926) y *Riesgos en el mundo entero* (1927) contribuyen a su fama de ser un “Zola de la época”, como lo dice el socialista francés Mitterrand. Kisch, el hombre que se atrevió a criticar al mitificado e intocable genio alemán Goethe de ser un dramaturgo mediocre y oportunista, toca en su obra experiencias personales que ganó en sus viajes a través de Europa. Describe el barrio chino en Londres y las calles portuarias de Marsella, narra su paseo como buzo en el mar y su encuentro con los fogoneros de un barco. Kisch siempre fue muy

dado a lo exótico y extraordinario; tuvo una formación como mago y viajó como actor a África.

"Kisch no es ningún enigma psicológico -escribe Bruno Frei, el escritor austriaco contemporáneo suyo- sino una gente sencilla que tiene dos ojos y sabe usarlos, especialmente con curiosidad." Reflexionando sobre su virtud, Kisch dice: "Esa curiosidad no sólo es curiosa sino molesta y yo ni siquiera lo admitiría como tal si no lo hubiera descubierto en Dante." Ese rasgo innato no le permitía subir tranquilamente a un tranvía sin revisar los libros que leían los otros pasajeros o seguir a una pareja para averiguar qué idioma hablaba; la misma curiosidad le lleva a revisar todas las ventanas y examinar los cementerios buscando algún conocido, y a entrevistar a todas las personas indiferentes, explorar cada cuarto de trebejos, cada pila de papeles, infringir cada letrero con la leyenda de "Prohibido el paso". Una actitud que supuestamente lo predestinó para su profesión.

Sobre su vocación, él anota: "El reportero no es tendencioso, no se justifica y no tiene opinión; debe ser un testigo imparcial y tiene que entregar un testimonio lo más confiable posible." Tal comentario provocó la reacción brusca de Tucholsky: "Qué tontería, cada uno tiene una opinión, también Kisch." Eso lo reconoce el periodista después de su viaje a la URSS en 1925; se compromete con el Partido comunista según su máxima: "Lucha y arte es la doble tarea del periodista". Muchas veces sobrepasó las fronteras del periodismo convencional, como ocurrió en 1934, cuando tuvo lugar el congreso mundial en contra de la guerra y el fascismo en Australia. El autor transmuta el papel de testigo por el de actor de la historia al ignorar la prohibición de los oficiales australianos de ingresar al país. Al llegar a puerto saltó desde el barco a tierra firme, sólo para romperse una pierna. Inmediatamente fue internado e inició en el país una gran campaña para alertar al mundo del peligro que representaba Hitler.

Una cuestión muy discutida a los ojos de la crítica era en qué medida Kisch había sido un escritor socialista. Los críticos de la antigua R.D.A. elogiaban su compromiso social pero criticaban su afición a lo exótico. Sobre su libro *Paraíso América*, llegaron a decir que los trabajadores no aparecían por ningún lado. Kisch tiene una manera personal de abordar el tema del trabajador. En su libro sobre Rusia encontramos lo siguiente: "Ellos trabajan como en otros lugares. No se nota que ellos sean los dueños de las fábricas cuando limpian con cincel hidráulico un molde de rebaba o escorias, o cuando martillan en las calderas."

Schlenstedt, un biógrafo suyo de Alemania oriental, comentó en este contexto que no podría ver nada nuevo y renovador. Georgy Lukács, crítico marxista, ve los logros del maestro del reportaje: "Es una gama de colores que mientras más se acerca al marxismo, difiere de los demás escritores, quienes sólo manifiestan un panorama gris."

En 1948, después de haber vivido muchos años en el extranjero (en países como Francia y México) volvió a Praga, para morir en su ciudad natal. ◇

